

DANIEL DE LA VEGA. CONFESIONES IMPERDONABLES (segunda serie, Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1964. págs.

Con indisimulada nostalgia, Daniel de la Vega ennoblece un mundo cuyo orden trata de restablecer en las amenas páginas de *Confesiones imperdonables*. El lector, ese indiscernible personaje, que para algunos, es ya especie extinta, recibe las confidencias del autor.

Materiales teosóficos ("En el mar de la noche"), divagaciones sobre los anarquistas españoles ("Atentado contra el rey de España"), recuerdos de actores ("Las despedidas de Pepe Vila"), apostillas acerca del fútbol ("Bajo el imperio del gol") son algunos de los elementos que configuran el volumen.

Sin difamar el presente, De la Vega reencuentra su mundo estable en la memoria. Ahí están contenidos los sonetos de Lugones, los libros de Fray Apenta, los aperitivos de Gage, el inmutable Incandescente —con su sombrero de copa, pariente de la capa milagrosa del Licenciado Cabrera—, los primeros cines —con la película de los funerales de la reina Victoria— y el recuerdo de las hermanas Arosamena.

*Confesiones imperdonables* muestra a un Daniel de la Vega fino, irónico sin estridencias, agudo en la pintura del pormenor y dueño de una prosa limpia y sutil. No existe la conmiseración 'por los desdichados tiempos actuales', ni inflige una lamentable palinodia acerca de la buena época. No rinde, tampoco, De la Vega, tributo a la ominosa maledicencia, que acecha a los memorialistas.

El escritor no se muta en juez, sino en testigo. Ningún tema le parece despreciable; ningún personaje, intrascendente (Leonel Sánchez y Ferrini se dan de puntapiés, el rey Alfonso XIII contrae matrimonio, Dreyfus enfrenta a sus acusadores, Pepita Sirvent entona "Agua que no has de beber").

Quizás la debilidad del libro pueda hallarse en los instantes en que Daniel de la Vega tiende al esquema del cuento; entonces surgen falaces bandidos, como el Cratero; mineros manirroto que dan con la veta, como Pedro Cordero; vecinos desagradecidos, como el innoble Juancho que, en la página 185, perpetra su agradecimiento a la bondadosa Rosalía. Estos instantes de lesa literatura no restan méritos a *Confesiones imperdonables*, que se leen con el mismo regocijo que el autor debe haber puesto al escribirlas.

ALFONSO CALDERÓN

MAURICIO WACQUEZ. CINCO Y UNA FICCIONES, Santiago, Imprenta Alfa, 1963. 54 pp. (Colección "El viento en la llama").

*Cinco y una ficciones* de Mauricio Wacquez, nacido en 1939, parece indicar el camino de una posible superación de la fatigada "narrativa" joven chilena que, aquejada de un exceso de metafísica —pensemos que